

Dos versiones de

MAGDALENA

ARNOLDO MORA*

Hace algunos años María Bonilla, al frente de un elenco de la Compañía Nacional de Teatro, nos sorprendió gratamente con una puesta en escena de **MAGDALENA** de Ricardo Fernández Guardia. En mi opinión se trataba del hallazgo más sorprendente hecho por director teatral alguno en nuestro país en varias décadas. **MAGDALENA** constituye, en efecto, no sólo un ingenioso y mordaz retrato de la sociedad de principios de siglos en Costa Rica, sino que es considerada por los historiadores del arte costarricense como el inicio de la dramaturgia nacional.

Desde esta memorable puesta en escena de **MAGDALENA** por parte de María Bonilla, los estudios históricos y críticos sobre la obra y la figura de su autor se han multiplicado en nuestro medio, de lo cual se ha hecho eco en varias ocasiones la revista **ESCENA**. Esto prueba la importancia y significación de la obra en sí, así como de la labor de rescate histórico llevada a cabo por María Bonilla.

Más aún, los documentos históricos publicados por nuestra revista en el número anterior y que constan de los comentarios periodísticos publicados por críticos teatrales con ocasión del estreno de la obra en 1902, demuestran que ya, desde entonces, se tenía

clara conciencia de su importancia para nuestro medio cultural, independientemente del juicio o valoración que la obra misma y su puesta en escena les mereciera. En el prólogo a su posterior edición, el autor mismo demuestra tener igualmente una lúcida conciencia de la significación que, para la historia de la dramaturgia costarricense, tiene **MAGDALENA**.

Esto aumenta nuestra perplejidad frente al hecho de su posterior e imperdonable olvido por tantas décadas. Lo dicho no hace sino acrecentar el mérito de María Bonilla, cuya puesta en escena de

MAGDALENA constituyó un verdadero y feliz descubrimiento para las más recientes generaciones de amantes al teatro en nuestro país.



Alejandra De Simone. C.N.T. 1983.

Con el inicio de la segunda mitad del presente año, el Teatro Independiente La Máscara ha puesto de nuevo en cartelera la comedia costumbrista de Fernández Guardia. La obra se lleva a las tablas bajo la dirección de Bernal García, quien es, además, el responsable del diseño escénico, las luces y el vestuario. Por su parte, María Silva se desempeña en el papel de la protagonista de la obra y cumple la función de asistente de dirección.

La iniciativa del Teatro La Máscara ha sido en extremo acertada, pues el Ministerio de Educación ha tenido la feliz idea de poner MAGDALENA como obra de estudio obligatorio en los programas, que sobre literatura costarricense deben cumplir los estudiantes de la segunda enseñanza en el presente año lectivo. Esto ha tenido como loable resultado el que numerosos adolescentes hayan frecuentado durante la presente temporada el Teatro La Máscara.

A pesar de que forzosamente hemos de tener en cuenta las diferencias que implican las distancias en el tiempo y, sobre todo, de las intenciones de los grupos teatrales que han tenido bajo su cargo estas dos puestas en escena de los años recientes de la obra de Fernández Guardia, juzgamos de suma utilidad establecer una comparación entre la puesta en escena llevada a cabo bajo la dirección de María Bonilla y la más reciente dirigida por Bernal García. Creemos que esta comparación es tanto más útil y beneficiosa para futuras experiencias similares, cuanto que las diferencias en las intenciones de ambos directores son evidentes.

En la inolvidable puesta en escena bajo la responsabilidad de María Bonilla, hubo una intención que, a manera de idea matriz, dio unidad a todo el espectáculo escénico: vestuario y actuación, *tempo* escénico y efectos sonoros, sólo tuvieron una sola preocupación: asumir críticamente una época histórica de nuestro país. Tras la puesta en escena de María Bonilla subyacía una evidente actitud crítica de inspiración ideológica y generacional. Una vigorosa y nueva voz se levantaba: era una nueva y joven generación de intelectuales costarricenses que le pedía cuentas, mejor aún, que sentaba en el banquillo de los acusados a una generación de nuestros antepasados caracterizada por la hegemonía de la oligarquía cafetalera. Lo que en la idea original de Fernández Guardia

era una ácida crítica a la mentalidad estrecha y a normas estereotipadas de comportamiento de los sectores oligárquicos que marcaban la pauta de la sociedad de entonces, en María Bonilla adquiría ribetes de polémica ideológica y, por ende, con connotaciones políticas más radicales que las que inspiraron a Fernández Guardia.

En ese sentido, también el propio autor se ve sometido a la implacable crítica de María Bonilla, cuya puesta en escena tiene un clímax hacia el final de obra, de gran altura dialéctica y de auténtico *pathos* dramático. La politiquería criolla y la intriga a que se dedicaban como deporte favorito los sectores que usufructuaban del poder entre bambalinas, aparecía en el texto original de Fernández Guardia de manera clara pero un tanto de soslayo. Por el contrario, en la puesta en escena de María Bonilla, este tema da pie para emprender una acre diatriba contra todos los sectores dominantes de esa época, incluido el propio autor. De esta manera, el frescor propio de un ingenioso retrato crítico de las costumbres de determinados sectores sociales de antaño, tal como fue concebido originalmente por Fernández Guardia, encuentra su contrapunto en la vehemencia del reclamo generacional e ideológico de María Bonilla.

El contraste con la puesta en escena de Bernal García es evidente. Para García y su grupo, la puesta en escena de obras de esta naturaleza se incarta dentro de la labor de rescate de obras de nuestra dramaturgia de finales siglo e inicios del presente, como parte de la tarea que todo artista con conciencia patriótica debe tener de búsqueda de nuestra identidad cultural y nacional. Dentro de esta línea que ha fijado para sí el teatro La Máscara, hace algunos años presentaron una adaptación de DON CONCEPCIÓN de Carlos Gagini, obra anterior incluso a MAGDALENA. Asimismo, el Teatro La Máscara tuvo a su cargo la presentación de otra obra pequeña del mismo autor.

En el caso actual de la puesta en escena de MAGDALENA, el director García tuvo en mente, igualmente, el carácter didáctico de ésta debido a la circunstancia de ser una exigencia en las labores estudiantiles de los jóvenes de segunda enseñanza.

Cabe, entonces, preguntarnos ¿qué pretendió el Teatro La Máscara con su puesta en escena de

MAGDALENA? Hay una intención que, a partir de lo dicho, resulta evidente: se trata de una labor de divulgación de una obra importante de nuestra dramaturgia. Para lograr la finalidad propuesta era necesario buscar un lenguaje que les fuese familiar a los adolescentes actuales y, en general, a un público no habituado a las tablas. Hay en el Teatro La Máscara una loable y permanente preocupación por acercarse a un público popular que nunca o raramente se acerca al teatro. Hemos de reconocer que con no poca frecuencia, dichosamente, han alcanzado sus objetivos. Esto los lleva a buscar lenguajes o propuestas que, de alguna manera, sean asequibles al universo cultural de amplios sectores de la población.

La puesta en escena de MAGDALENA debe haber sido objeto de consideraciones de esta índole. Por eso, el director y la actriz principal se inspiraron, no tanto en la tradición costarricense de «las veladas escolares», sino a lo que los medios audiovisuales, concretamente la televisión, nos tienen acostumbrados al menos en América Latina, donde en nuestros hogares se suelen ver telenovelas. El comportamiento asumido en escena por una actriz tan experimentada y con innegables cualidades históricas como María Silva da la impresión de haber tenido en mente el lenguaje escénico propio de las telenovelas a la hora de interpretar su protagónico personaje.

Esto no resulta ser igualmente válido en el caso del resto del elenco, cuya actuación parece seguir más bien los cánones habituales que se asumen para poner en escena obras de marcado sabor costumbrista. Esta intención le quita a la obra la seriedad crítica que le imprimió María Bonilla a su propia versión de MAGDALENA. La actuación de María Silva latinoamericaniza al personaje homogeneizándole; por eso mismo le quita lo que de específicamente «tico» tiene en claro contraste con la actuación de los otros personajes femeninos. En cuanto a los personajes masculinos, me dan la impresión de estar menos logrados que los femeninos. En especial, hay en la interpretación de los dos viejos un exceso de risas y risotadas que busca forzar un ambiente de hilaridad en el público, cercano a la manipulación.

Aunque el grupo La Máscara cambió el texto original de Fernández Guardia, cosa que hoy parece

normal si esto parece conveniente a las intenciones específicas de la puesta en escena, la obra en la versión del Teatro La Máscara no desmerece de su autor, sin llegar por ello a la altura dramática de la versión de María Bonilla ni pretenderlo. Sin embargo, la versión del Teatro La Máscara se me antoja legítima y original para los fines que se buscan. El *tempo* escénico transcurre sin tropiezos, de modo que el público disfruta ampliamente del espectáculo y reconoce el valor de la heroína al pretender, para sí misma, una plena independencia en las decisiones que conciernen su destino personal, aunque tenga para ello que pagar un costa en felicidad por su condición de mujer nada desdeñable. El vestuario y las luces estuvieron bien logrados, no así los efectos sonoros que no siempre contribuyeron a recrear la atmósfera de una familia cafetalera de finales del siglo pasado.

En conclusión, MAGDALENA, una vez más, da de qué hablar en el quehacer teatral costarricense, lo cual demuestra que mantiene su vigencia y consolida su papel singular en nuestra historia cultural.

